

RELACION

for  
ENTERA

QUE EN APOYO DE LA

REPRESENTACION

EN CONTRA

De la circular de 17 de Enero proximo pasado,  
presenta al Supremo Gobierno,

El ciudadano <sup>DR.</sup> Pedro Vander-Linden,

INSPECTOR GENERAL DEL CUERPO MEDICO-MILITAR.



MEXICO : Tipografia de R. RAFAEL calle de Cadena,  
número 13.

ERIVANDI DVS HAMIRE

102481



E 412  
.5  
v3

REPRESENTACION

QUE EN AÑO DE 1848

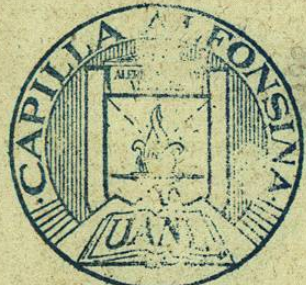
REPRESENTACION

EN CONTRA

De la circular de 17 de Enero próximo pasado  
presentada al Supremo Gobierno

B. Ambrosio Pedro Vander-Linden

INSPECTOR GENERAL DEL CUERPO MEDICO-MILITAR



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



EXMO. SR.—Tengo el honor de elevar directamente al superior conocimiento de V. E. la representacion que para vindicar mi honor altamente ofendido en la circular de 17 de Enero próximo pasado, y probar el injusto despojo de mi empleo, á que ha dado ocasion, me he visto precisado á redactar.—V. E., cuyos sentimientos de honradez y equidad son notorios á todos los que tienen necesidad de apelar á ellos, espero se dignará imponerse personalmente de mi escrito, para no dar lugar en un extracto pedido al ministerio, ó á la plana mayor, á que se siga por mis injustos enemigos la intriga de que he sido victima.—Con tal motivo reitero á V. E. las seguridades de mi alta consideracion y distinguido aprecio.—Dios y libertad. México, 29 de Febrero de 1848.—Pedro Vander-Linden.—Exmo. Sr. presidente de la República, D. Manuel de la Peña y Peña.—Querétaro. ● J

El hablar de sí mismo repugna siempre á un hombre sensato, y solo la imperiosa necesidad lo puede determinar á hacerlo.

LA sangrienta y desgraciada campaña que empezó para mí en 29 de Setiembre de 1846, es, de todas las épocas de mi vida, la que me ha producido las emociones mas fuertes. La calumnia y una negra ingratitud debian terminar el episodio para que no fuese incompleto el cuadro, y mi conducta, atacada en la mencionada circular con una nota infamante, exige de mi parte una esposicion que creo debe comenzar en 22 de Febrero del año próximo pasado, para terminar en la fecha de su publicacion.

Llegado el ejército en 22 de Febrero de 1847 á los desfiladeros de la Angostura (Buenavista) sin tener mi cuerpo para sus enfermos ó heridos, en caso de accion, otros medios de trasporte que las mulas indispensables para cargar sus botiquines; el Exmo. Sr. general en jefe dió al dia siguiente, á las ocho de la mañana, la orden de ataque á las fuerzas enemigas. Al momento señalé los puntos para tres ambulancias á retaguardia de las primeras filas, y una cuarta á mis órdenes, á distancia de poco mas de medio tiro de cañon, sin tener ni una tienda de campaña, ni encontrar un solo árbol para preservar á los heridos de los rayos del sol. La accion duró todo el



día, y á las seis de la tarde, el Exmo. Sr. general en jefe, de regreso del campo de batalla, pasando al lado de mi ambulancia, formada de mas de trescientos heridos, me previno que el ejército iba á emprender su retirada hácia Agua-Nueva en la misma noche, y que tomase las providencias que juzgase mas oportunas para trasportar á dicho punto todos los heridos.

Agobiado por el cansancio del servicio de ayudante de campo de S. E. que hice al principio de la batalla, así como de las operaciones quirúrgicas hechas en la tarde, esta fatal noticia despedazó mi corazón. La acción habia concluido cerca de las cinco de la tarde: imposible me habia sido recorrer el campo, y visitar personalmente las tres ambulancias secundarias: no dudaba de que varios heridos estarían aun tirados en los diversos puntos de la estensa línea de batalla, sin haber recibido los primeros auxilios: sabia perfectamente que las ambulancias todas estaban recargadas de heridos imposibilitados de moverse, y que en lo absoluto carecíamos de medios de transporte para ellos; y la noche ya se aproximaba á gran prisa, cuando los trenes de artillería empezaron á desfilar.

En tal peplejidad me aproveché de algunas carretas de dos ruedas, de los carros cargados de parque, y aun de las mismas cureñas de los cañones, para colocar en ellos el mayor número de heridos y parte de los botiquines, despachando á pié á los soldados cuyas heridas no se los impedían. Al mismo tiempo mandé á mi ayudante avisara á las ambulancias secundarias que llevasen al punto de la principal todos los heridos que fuera posible recoger, y nombré al médico-cirujano de ejército D. Ignacio Gama, para que se quedase con tres oficiales de la misma graduación, tres ayudantes y sus botiquines para asistir á esos heridos, así como á los que al día siguiente encontraría tirados en el campo de batalla, previniéndole se presentase en la madrugada al enemigo, con bandera blanca, para darle á conocer su filantrópica misión.

Séame permitido, antes de seguir, dar aquí de nuevo á este oficial las gracias por su comportamiento y sufrimiento en su misión de mas de tres meses, durante los cuales quedó sin recursos desvelándose para proporcionar lo necesario á nuestros desvalidos heridos.

Apenas habia dado estas órdenes, cuando ya los trenes de artillería habian acabado de pasar, y toda esperanza de levantar mayor número de víctimas se habia disipado: me fué forzoso separarme de ese triste lugar para seguir al grueso del ejército. En el campo no quedaban ya sino algunos cuerpos de caballería, y pasando á mi campamento, solo encontré en él al general Betancourt, con quien emprendí mi marcha para Agua-Nueva, donde llegamos á las tres de la mañana.

A las seis estaba en pié reconociendo á los numerosos heridos que en las piezas arruinadas de la hacienda, así como al derredor de sus jacales y árboles, habian venido á buscar un asilo y un socorro á sus males: dicté varias providencias para el mejor éxito de la asistencia de estos desgraciados: repartimos entre mis oficiales y yo los diversos grupos de heridos, y cansado de tan árduo y continuado trabajo, ejecutado dos dias seguidos á los rayos del sol, me acosté, despertando el día 25 con una cefalalgia y calentura tan intensa, que no podia sufrir la luz del día. A pesar de mis males, me arrastré de mi tienda de campaña hasta el cuarto del Exmo. Sr. general en jefe, á pedir órdenes, y la que recibí, fué, preparar para el día siguiente, del modo que mejor me pareciera, la conducción de todos los heridos á la hacienda de la Encarnación.

Si por las razones dichas anteriormente habia sido difícil esta operación desde el campo de batalla á Agua-Nueva, mas aún debia serlo desde este punto á la Encarnación, por existir las mismas dificultades, hallarse varios heridos aun sin curación con motivo de estas continuas y espantosas traslaciones, y tener el inconveniente de estar mas adoloridas sus llagas, la distancia mas larga y el camino peor que el primero.

Dispuse del momento que mis subordinados echasen mano de toda clase de medios de transporte, y se quedasen, con los que no pudieran moverse, el médico-cirujano de ejército D. Manuel Nava, con dos ayudantes y un botiquin bien surtido; e imposibilitado de montar á caballo por el dolor de cabeza y sufrir los rayos solares, me hice trasportar en camilla hasta la Encarnación, á donde llegué á las nueve de la noche.

Desde la madrugada del día siguiente organicé en la iglesia, trojes, caballerizas y cuartos de la hacienda, á los heridos repartidos en todas las chozas de la cuadrilla, encargándolos por secciones á mis subordinados, y practicando personalmente varias operaciones, cuando en la tarde recibí de nuevo orden del Exmo. Sr. general en jefe de trasladar á todos los heridos hasta Matehuala, aprovechándome de algunas carretas que, bajo la dirección del Sr. coronel Jimenez, habian traído víveres, y de otras que se encontraban en algunos ranchos vecinos, y para cuyo objeto me dejaba, al emprender su marcha con el ejército, al Sr. coronel Moret, con ochenta lanceros de Jalisco.

Varios cuerpos, por falta de medios de transporte, llevaron ellos mismos sus heridos al emprender su marcha, y todo el día siguiente fué empleado en la difícil operación de subir á los heridos en las carretas de la hacienda, disponiendo que emprendiesen su marcha bajo la dirección de un oficial de sanidad por cada cuatro ó cinco carretas; pero sin escolta para custodiarlas, así como sin recursos para pasar el desierto.

Los lanceros volvieron con solo cinco carretas, y encontrándome en la imposibilidad de trasladar con éstas á todos los heridos, me vi precisado á formar un hospital temporal en la hacienda, el que dejé á cargo del médico-cirujano D. Ramon de la Portilla, con un ayudante, un botiquin, instrumentos, vendajes suficientes, víveres para quince dias, y el teniente de ambulancia Martinez con diez hombres de su compañía para el servicio de los heridos, que designé para que quedasen en la hacienda, y los dispersos que aun podían llegar, dándole las instrucciones relativas á la conducta que debia observar cuando se presentara el enemigo. Asimismo dispuse que el médico-cirujano de ejército, D. Manuel Icaza, se encargase de acompañar á los demas que pudieron trasportarse en las cinco carretas, únicas que se encontraron útiles en los ranchos, y emprendiese su marcha con el Sr. Moret, que tenia orden de verificarlo con su tropa á la madrugada.

Dadas estas órdenes, á cuya ejecución cooperé personalmente, emprendí mi marcha á las cuatro de la tarde para reunirme con el ejército, lo que verifiqué en el Cedral, de donde marché á Matehuala, en cuyo punto formé en la iglesia nueva un hospital general, para recibir, conforme fueran llegando, los convoyes parciales de heridos despachados en carretas, como lo he dicho mas arriba.

La conducta de mis subordinados en este inmenso desierto, sin escolta, sin víveres, y lidiando con rancheros que de noche abandonaban sus carretas cargadas de heridos, llevándose algunas veces los bueyes, ha sido verdaderamente admirable, por cuya razon se me perdonará mostrarles de nuevo mi agradecimiento.

Dispuesto en Matehuala el hospital del mejor modo posible, en vista de las escaseces de todas clases que nos agobiaban, seguí al Exmo. Sr. general en jefe para S. Luis, donde debían reunirse los restos del ejército quintado por la muerte, las heridas, la desercion y disenteria que hacia ya grandes progresos.

La fatiga no podia menos de aumentar estos males, por cuya razon me ocupé al momento del establecimiento de hospitales nuevos para tan urgente necesidad, y antes de emprender mi marcha con el Exmo. Sr. general en jefe para la capital de la República, tuve la satisfacción de dejar dispuestos locales para recibir á mas de mil enfermos, encargando el servicio sanitario de la plaza al Sr. profesor D. Buenaventura Paz con una competente seccion de gefes y oficiales.

A mi llegada á México, me ocupé de pronto de la formación de una seccion destinada al ejército de Oriente, la que organizada y dotada de los botiquines é instrumentos suficientes, salió para Jalapa á fin de incorporarse al ejército.

Fijada por el Exmo. Sr. general en jefe la base de operaciones en los desfiladeros de Cerro-gordo, preví que Jalapa vendría á ser, cualquiera que fuese el resultado de la acción, el punto donde debia establecerse el hospital general, y en los pocos momentos que me quedé en esta ciudad, organicé, aunque enfermo, de acuerdo con mi apreciable compañero D. Macario Ahumada (que gratuitamente ofreció sus servicios), un hospital temporal suficiente para cuatrocientos heridos.

Tan luego como llegó la seccion de mi cuerpo, la dividí en cuatro partes para atender á los cuatro puntos de defensa establecidos, poniendo como quinta mi ambulancia á retaguardia del mismo Cerro-gordo. Las tres primeras no tuvieron



que hacer, y capitularon con las demas tropas: la cuarta que reuní á la mia, por haber sido atacado el Cerro, cargó con todo el peso del trabajo durante las acciones de la tarde y noche del dia 17 y madrugada del 18, desempeñando sus deberes en medio de una lluvia de balas, hasta caer todos prisioneros despues de la derrota completa del ejército.

Puestos en libertad, mi primer cuidado fué mandar recoger por mis subordinados á nuestros heridos, suplicando á los soldados enemigos me ayudasen en esta penible operacion, por no quererse prestar á ella los mexicanos, y correr al Plan del Rio á reclamar la libertad de mis oficiales, teniendo la satisfaccion de volver con ellos á Cerro-gordo al desempeño de nuestras obligaciones. Quien conoce este punto, desprovisto hasta de agua y plagado de tanta clase de insectos nocivos, fácilmente se formará una idea de la critica posicion en que debia encontrarme para proporcionar á nuestros heridos los auxilios de primera necesidad, y la dificultad que habia de salvarlos, si no se conseguia pronto su traslacion á Jalapa, donde todo estaba listo para recibirlos, como oportunamente lo habia dispuesto.

La primera dificultad la vencí en Cerro-gordo, consiguiendo de la generosidad del enemigo los alimentos necesarios; para la segunda me fué preciso pasar á Jalapa, á efecto de conseguir del general en jefe americano los carros indispensables para trasladar á nuestros heridos, cuya operacion se hizo conforme en un todo al reglamento de mi cuerpo, habiendo tenido la dicha de conseguirlos.

Los oficios que dirigí entonces al supremo gobierno, y que han sido publicados en el Diario de esa época, son el testimonio mas patente de las ventajas proporcionadas al desgraciado soldado herido, por el cuerpo que he tenido la honra de criar. Careciendo de instrucciones y de auxilios para mis oficiales, nos vimos abandonados á la generosidad del vecindario, á quien debo tributar aquí, en obsequio de la justicia, las mas espresivas gracias por los recursos de todas clases que nos proporcionó, hasta que el supremo gobierno se acordó de nosotros para remitirnos la lisonjera comunicacion, *pero inútil* (número 1), *porque hasta la fecha sus resultados se han quedado sin efecto*, no habiendo recibido un solo peso. Toda la seccion cumplió, sin embargo, honrosamente con sus deberes, hasta concluir su mision, y el 16 de Junio emprendimos nuestra marcha para la capital, con un considerable convoy de mutilados y pertrechos de todas clases, recogidos en el campo de batalla, para cuya realizacion tuve que empeñar mi crédito particular en mil pesos con el Sr. D. Francisco Fernandez, cuya cantidad hasta la fecha no está cubierta, y cuyo documento existe en poder del Sr. general Sierra y Rosso para agenciar su pago, por ser de lo mas sagrado su origen, aunque *no de preferencia*, por pertenecer á desgraciados heridos y desvalidos facultativos.

En los Llanos de Apam, de regreso ya de Jalapa, recibí la segunda comunicacion del gobierno (número 2), que tampoco tuvo efecto, y en la que se ordena que se sitúen en dicha ciudad fondos á favor de los buenos servidores de la patria y por el honor de la nacion, para que no se crea que los abandona; y asimismo manifestando que el gobierno se ha enterado con indecible aprecio de los buenos y recomendables servicios del cuerpo médico, á la que contesté con la nota número 3.

Desde el momento de mi llegada á México, no desistí un solo dia de pedir al ministro de hacienda los pertrechos de ambulancia que tanta falta me hacian; pero jamas pude lograr los fondos necesarios para su construccion, y cuando el ejército enemigo se ponía en marcha para la capital, fueron organizadas mis ambulancias de preferencia en el Peñon Viejo, sin perjuicio de los demas puntos fortificados, haciéndose el servicio con toda la regularidad apetecible. Cambió el enemigo de rumbo y fueron movidas parte de las secciones del Peñon y Mexicalzingo á S. Antonio y Churubusco. El 19 de Agosto en la tarde visité, acompañado de los médicos-cirujanos D. Manuel Icaza y D. Juan B. Pescetto, en medio del fuego, á la seccion de Padierna, y en la madrugada del dia 20 sucedió la desgracia de la derrota del ejército del Norte, al mando del Exmo. Sr. general Valencia, de cuyas resultas tres secciones de mis oficiales cayeron prisioneros de guerra, y se quedaron asistiendo á nuestros soldados en Contreras y S. Angel.

El 24 de dicho mes obtuve la licencia de visitar los puntos donde se habian dado las acciones, á efecto de conocer la suerte de mis oficiales y necesidades de nuestros heridos, y conseguí la órden del general Scott para su traslacion á México. El 25 y 26 concluyó esta operacion respecto de los de la Ladrillera y Churubusco, y el 28 y 29 respecto de los de S. Angel y Contreras, dirigiendo personalmente estos convoyes á los hospitales temporales que al efecto habia dispuesto en la capital.

El dia 7 de Setiembre situé las ambulancias en Santo Tomas, Chapultepec, Casa Colorada, Belen, y la Ciudadela, y el dia 8 al momento que comenzó la accion, todos los heridos fueron atendidos por las á quienes correspondian, y trasladados á los hospitales de instruccion y S. Andrés, menos los que cayeron en poder del enemigo, que fueron llevados á Tacubaya, en donde á pesar de las instancias que hice á resultas de una carta del Sr. coronel Don J. Tenorio que me enseñó el Sr. general Mora y Villamil, no se me concedió por el Sr. ministro de la guerra la licencia para irlos á curar, ó mandarles un oficial de sanidad!!

El dia 13 establecí por la mañana los hospitales temporales de Belen y Hospicio de pobres, que por su situacion sirvieron tan eficazmente; y los carros, así como las parihuelas del Ayuntamiento, no cesaron de llevar toda la mañana los heridos curados en las ambulancias del camino de la garita de Chapultepec á dichos hospitales, quedando únicamente los de la fortaleza á cargo de la ambulancia situada allí, por no poderse transitar por la calzada del cerro. Esta ambulancia, que al principio del ataque, por una órden equívoca sin duda, se habia bajado sin mi conocimiento á la puerta del bosque, fué repuesta por mi medio del fuego que arrasaba la calzada. Habiendo á las cuatro de la tarde avivado el fuego por el rumbo de S. Cosme, me dirigí precipitadamente á dicho punto, á efecto de establecer un servicio de camillas de la garita al hospital de S. Hipólito, y al momento de separarme del general Rangel, mi caballo fué gravemente herido por una bala enemiga.

No puedo menos de decir de paso, que el servicio de las compañías de ambulancia, que tantas ventajas debian producir al infeliz herido, no correspondió ni á su institucion ni á mis esperanzas, porque el gobierno, lejos de hacer cumplir la ley de organizacion de este cuerpo, se desatendió completamente de él, formándolo de un número de hombres insignificantes, escogidos entre los reclutas menos aptos y mas viciosos, y algunas veces entre los presidarios, y porque jamas quiso dotarles de los pertrechos indispensables al desempeño de sus obligaciones.

A las seis y media de la noche pedí al Sr. ministro de la guerra, en presencia de los Sres. generales Quijano, Bouilla, Mora y otros que con él se hallaban para los en la esquina del callejon de la Acordada y calle del Sapo, las órdenes relativas á mi cuerpo, que tuviera á bien darme, y S. E. contestó: "*Ningunas, si no es atender bien á los heridos.*" Pregunta que pudiera muy bien haberme dispensado de hacer, porque para la direccion de las operaciones de mi cuerpo jamas se acordaba darme órdenes algunas. Habiendo cesado el fuego, pasé á visitar mis hospitales, practicando aun personalmente, á las nueve de la noche en el Hospicio de pobres, algunas operaciones, despues de las cuales me retiré á descansar á mi casa.

El dia 14 á la madrugada, sorprendido de no oír el cañon, monté á caballo, con mi ordenanza, y á las seis me encontré en medio de las fuerzas americanas que caminaban ya hácia Palacio: reconocido por los Sres. generales Quittman y Smith, me dejaron en libertad, permitiéndome seguir mi camino para el hospital de Instruccion.

Los acontecimientos de ese dia en la capital, no me permitieron ocuparme del campo de Chapultepec; pero el 15, habiendo conseguido la licencia del Sr. coronel Ishock, pasé á dicho punto á recoger á los heridos, como igualmente á Tacubaya y Mixcoac. En estos dos últimos puntos, los Sres. Jáuregui y D. Francisco Iturbe son testigos de mis tareas para el alivio de los heridos y prisioneros.

Sabiendo que en la refriega del dia 14 por la garita de Peralvillo, varios heridos se habian retirado á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, ordené al médico-cirujano D. Joaquin Borraro que formase allí un hospital temporal, en el que con los solos